

El no supo el camino
por do el carro lanzaste de la guerra,
que de Orinoco al Potosí argentino
impetuoso vino,
temblar haciendo en derredor la tierra.

Ni sordos atambores
oyó, ni en las abiertas capitales
entrar vió tus banderas tricolores
bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales.

Ni a sus ojos te ofreces
cuando, nuevo Reinaldo, a ti te olvidas,
y el hechizante filtro, hasta las heces
bebiendo, te adormeces
del Rimac en las márgenes floridas.

No en raptos de heroísmo,
no en vértigo de triunfos y esplendores
admiró tu grandeza. El a ti mismo
te buscó en el abismo
de recónditas luchas y dolores.

Te vió, si adolescente,
ya en el silencio de la gran ruina
que Roma encierra, apacentar tu mente,
la soñadora frente
doblada al peso de misión divina;

retando a las Españas,
de América inflamar el seno inerte
con grito que conmueve las montañas;
solo, en playas extrañas,
o entre escombros hundido, engrandecerte: